

# SERMON

DE LA

*DEDICACION DE UN TEMPLO,*

PREDICADO

POR EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

*DON SANTIAGO BENCOMO,*

*Obispo de Astorga.*

MADRID : M. DCCC. XVII.

EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

SERMON

DE LA

DEDICACION DE UN TEMPLO

PREDICADO

POR EL ILUSTRISIMO SEÑOR

DOCTOR FRANCISCO DE VILLALBA

Obispo de Astorga.

MADRID : M. DCCCLXXVII.

EN LA OFICINA DE D. FRANCISCO MARTINEZ D'AVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

SERMON

DE LA

DEDICACION DEL TEMPLO.

*Elegi enim et sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum usque in sempiternum.*

Yo he elegido á la verdad, y he santificado este lugar, á fin de que mi nombre permanezca en él para siempre.

*Lib. 2. de los Paralip. cap. 7.*

I. **P**ara comprender, mis hermanos; las felices circunstancias en que el mismo Dios, pronunció las palabras que me acabais de oír, es necesario transferirnos ahora en espíritu á el espectáculo mas grande que ha visto el universo, la Dedicacion del Templo de Jerusalén, una de las siete maravillas del mundo, y en el qual se emplearon sumas tan inmensas, que exceden los erarios de todos los reyes. Cien mil talentos de oro, y un millon de talentos de plata, que David habia destinado á este suntuoso edificio, que hacen por una parte seis mil y quinientos millones, y por otra quatro mil y seiscientos millones de nuestra moneda. Juntad á esta suma espantosa mas de quatrocientos millones,

con que contribuyeron todas las Tribus: sin contar lo que puso de sus propias rentas el mas poderoso, y el mas liberal de todos los príncipes; y sin numerar el precio incalculable del hierro, del bronce, de las maderas, de los mármoles, y de los pórfidos exquisitos, que se buscaron para él: ni el de los sardónicos, topácios y otras piedras preciosas, que se emplearon en su adorno; en cuyas obras se exercitaron por espacio de siete años doscientos mil obreros: tal fué el costo de este famoso Templo.

2. Inferid de estos infinitos preparativos el lucimiento de su Dedicacion. Un rey el mas sábio de todos los hombres, cuyo solo nombre habia pacificado toda la tierra, convoca todos sus pueblos desde la entrada de Emat, donde empezaban sus dominios, hasta el rio de Egipto, donde se terminaban: seguido de este inmenso concurso entra en el Templo del Señor, y á el estilo de la ley antigua ofrece veinte y dos mil becerros, y ciento veinte mil carneros degollados todos en la presencia de Dios. Con qué fervor aquel piadoso Monarca dobla sus rodillas en el suelo, estiende sus brazos á los polos del mundo, eleva sus ojos al cielo, y exclama de este modo: ¿será creible que Dios habite con los hombres en la tierra? Si el cielo y los cielos

de los cielos no son capaces, ó Señor, de reducir á su espacio tu inmensa Magestad, ¿quánto ménos podrá reducirlo este Templo que yo acabo de edificar? Con todo, mi Dios, tus ojos se enderecen desde lo alto del Empíreo, y tus oídos atiendan á las súplicas de todos los que oren aquí, vengan afligidos de la hambre, de la sed, de la langosta, de la guerra, ó de sus mismos pecados. Entónces ciento y veinte Sacerdotes, y un sin número de Levítas con timbales, órganos, trompetas y todo género de instrumentos músicos entonáron el Salmo de David: *Confitemini Domino quoniam bonus, quoniam in sæculum misericordia ejus.*

3. Este espectáculo no solo fué tan magnífico en la tierra, el mismo cielo se mostró sensible á este piadoso conjunto de tan tiernos afectos: una llama visible baxó, asó y consumió todas las víctimas, y una nube brillante cubrió el Altar de forma, que ni los Ministros que estaban dentro, ni los que estaban fuera se atrevían á penetrar la nube poseidos de un divino respeto. No es esto solo, Dios mismo habló á Salomón, y le dixo: Yo he oído tu oracion, y he aceptado este lugar para mis sacrificios: si algun dia cerráre el cielo para que no llueva sobre la tierra, si mandáre á la langosta

que devore las plantas, ó á la peste que consuma los hombres: si este pueblo que ahora me invoca viniere arrepentido á mi presencia, y hiciere penitencia de sus pecados, yo le oiré, le perdonaré, y le sanaré, porque mis ojos y mis oídos no se apartarán del que oráre aquí. Atended ahora, mis hermanos, á las palabras que siguen, porque son las mismas con que he principiado mi discurso: yo he escogido á la verdad, y he santificado este lugar, á fin de que mi nombre permanezca en él para siempre: *elegi enim et sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum usque in sempiternum.*

4. Ved aquí lo que sucedió en la Dedicacion del primer Templo que Dios tuvo en el mundo. Este es aquel Templo donde el mismo Dios hecho hombre entró tantas veces, ya para enseñar á los dignos, ya para arrojar á los indignos. Este es aquel Templo, en donde entraban los Apóstoles continuamente, y en donde entrando Pedro y Juan á la hora de Nona, sanaron al famoso Parálítico en el nombre de Jesucristo. En fin este es aquel Templo, que habiendo sido destruido por Tito y Vespasiano, parece que sus piedras esparcidas fueron otras tantas simientes, que llenaron el orbe de Templos nuevamente escogidos de Dios para substi-

tuir á las víctimas sangrientas, unas víctimas incruentas. Así, aunque los Templos de los cristianos sean ménos costosos, no por eso son ménos admirables, porque el Señor los escoge y santifica no ménos que el antiguo, para perpetuar mejor en cada pueblo la magestad de su nombre. Ved con cuánta razon debemos imitar, segun lo permitan nuestras fuerzas, el concurso, el esmero, y la piedad del pueblo judío. No nos sucede hoy lo que á aquel mismo pueblo, quando celebró la segunda Dedicacion, ó la reedificacion en tiempo de Zorobabél: todos lloraban amargamente comparando la pobreza del último edificio con la magnificencia del primero: pero nosotros al contrario nos llenamos de un santo gozo comparando la pobreza del primero con la magnificencia del último. No falta para nuestra completa satisfaccion sino que el Señor diga en medio de este augusto sacrificio lo mismo que dixo á Salomón: yo he elegido á la verdad, y he santificado este lugar, á fin de que mi Nombre permanezca en él para siempre: *elegi enim et sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum usque in sempiternum.*

5. Pero tambien debemos inferir de aquí cómo debemos tratar el Nuevo Templo: porque si el Señor ha elegido este lugar para der-

ramar sus gracias , debemos venir á él con una frecuencia continua ; y si lo ha santificado para perpetuar su nombre , debemos estar en él con una reverencia profunda : así la frecuencia y la reverencia debida á este Templo de Dios , ved aquí las dos reflexiones que debemos hacer en el dia de su Dedicacion . Para que sean con el fruto que corresponde , pidamos la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de la Santísima Virgen , diciéndole devotamente : *Dios te salve María, &c.*

PRIMERA PARTE.

6. Si hoy sucediera entre nosotros lo que en el Antiguo Testamento , que en todo el reyno de Israel no habia mas que un solo Templo , á donde debian ocurrir todos los Fieles para sus oraciones y sus sacrificios , qué excusa tan grande para muchos de no frecuentarlo á causa de su enfermedad , de su pobreza , ó de su empleo : con todo raro Israélita dexaba de ir á él á lo ménos una vez á el año , como vemos por el Evangelio que lo tenian de costumbre los padres de nuestro Salvador , yendo á Jerusalem todos los años por la solemnidad de la Pascua : *et ibant parentes ejus per omnes annos in Jerusalem , in die solemni Paschæ.* Pero despues que el pueblo de Dios no es ya esclavo como ántes , sino libre con la libertad que le con-



cedió nuestro Señor Jesucristo, la que disfruta en esta parte desde la paz del gran Constantino, siéndole permitido no solo levantar un Templo en cada pueblo, sino á veces, bien lo podemos decir sin exâgeracion, un Templo á la puerta de cada vecino; ¿qué excusa podemos alegar si perdemos los infinitos bienes que Dios derrama sobre todos los que orâren aquí? ¡ Ah! Si el Señor abriera nuestros ojos, como abrió los del Patriarca Jacob: si vieramos el comercio divino que hay entre el cielo y la tierra, y los millares de millares de Ángeles, que estan ocupados en subir nuestras oraciones, y en baxar nuestras gracias; entónces clamariamos como él, ¡qué augusto es este lugar! ¡ él no es sino la casa de Dios, y la puerta del cielo! *verè non est hic aliud nisi domus Dei, et porta cœli.* Entónces percebiriamos el verdadero sentido de esta primera palabra del Señor: yo he elegido á la verdad este lugar: sí, yo lo he elegido para purificar á los hombres, para renovar á los hombres, para protexer á los hombres: *elegi enim et sanctificavi locum istum.*

7. El Señor lo ha elegido sin duda para purificar á los hombres. La purificacion de nuestros pecados es el primer beneficio, que recibimos en la Casa de Dios. Si los hombres peca-

ren, porque no hay hombre que no péque, decia Salomón en este dia: si tú, Señor, los enviáres por eso cautivos á regiones remotas ó comarcanas: si desde la tierra de su cautiverio volvieren sus ojos á este lugar que elegiste, y que yo he edificado: si clamáren con toda la amargura de su corazon: pequé, cometí injusticia, obré iniquidad; tú desde lo alto del firmamento les oirás, aunque sean pecadores. En efecto, así lo executó Daniel estando cautivo en Babilonia: tres veces al dia abria las ventanas de su habitacion que miraban para Jerusalén, y derramaba su alma delante del Señor, como si estuviera en su santo Templo; y así fueron oidos sus ardientes deseos, no solo para alcanzar á su pueblo la libertad de volver á su pátria, sino lo que es mucho mas admirable, así alcanzó que se abreviase el tiempo de la redencion, y la venida del Mesías, que quita los pecados del mundo. Lo mismo sucedió á el Profeta Jonás, quando desde el vientre del pez que le sumergía en lo mas profundo del abismo decia: aunque me veo, Señor, tan lejos de los ojos de todos los hombres, yo espero volver á ver tu santo Templo, y ofrecer en él mis votos y mis sacrificios: *rursus videbo Templum sanctum tuum*. Entónces mandó Dios á

el pez que lo vomitase sano en la playa.

8. Gracias, señores, que vosotros no tenéis que hacer vuestras oraciones de tan léjos: á la puerta de vuestras casas tenéis este Templo, y á la puerta de este Templo tenéis esas fuentes misteriosas de agua viva, destinadas á purificarnos de nuestras manchas. Ó si á el rociar con ella vuestra frente tuviéseis los sentimientos de compuncion que desea la Iglesia, y que tenia el Santo Rey David, entónces diriais como él: si me rociáis, Señor, con este hisopo, mi alma quedará mas pura y mas blanca que la nieve: *asperges me hyssopo, et mundabor: lavabis me, et super nivem dealvabor*. Si pasamos adelante encontraremos los tribunales de la penitencia, donde somos juzgados ahora con toda la benignidad de la misericordia, para no ser juzgados despues con todo el rigor de la justicia. ¡Qué felicidad para el cristiano, que se arroja á los pies de aquel hombre de Dios, oir de su boca estas consolantes palabras, pronunciadas en nombre del Señor: yo te absuelvo de tus pecados; porque Dios mismo ha prometido ratificar en el cielo el perdon que sus Ministros concedieren sobre la tierra! Entónces, aunque el pecado haya puesto vuestras almas mas negras que la pez, ó mas teñidas que la escarla-

ta, la Sangre del Cordero Inmaculado que corre de sus llagas como de otros tantos ríos, os restituirá vuestra primera inocencia. El Padre Celestial al oiros decir como el hijo pródigo: Padre mio, yo he pecado contra el cielo y contra tí, y no soy digno de llamarme hijo tuyo, no pudiendo reprimir mas la ternura de su amor, os echa al cuello sus brazos omnipotentes, os estrecha en su adorable seno, y os recrea con el divino ósculo de aquella paz que el mundo no puede dar.

9. Ciegos mortales, que perdeis tan bellas proporciones de dexar lo que sois, y de hacer lo que debiais ser, ¡quién pudiera daros á gustar las delicias celestes que Dios infunde en un corazon bien dispuesto; entónces confesariais con un Profeta, que vale mas un solo dia de compuncion en la Casa del Señor, que mil años de regocijo en los tabernáculos de los pecadores! Entónces sentiriais todo el placer de un cautivo, que ve de repente romperse sus cadenas, borrarase la escritura vieja por donde pertenecia á su enemigo, y restituirsele en todos los derechos de Hijo de Dios. Entónces, en fin, entraríamos en el Templo con tanta alegría como en aquella Jerusalén celeste que vió S. Juan, donde ya no tenian lugar los llantos y los la-

mentos de los hombres, porque el que reyna en su Trono ordenó que todo fuese nuevo: *ecce nova facio omnia.*

10. Pasemos de estos lugares de nuestra purificacion á los de nuestra renovacion. Llámolo así aquellos en que nos hacemos contrarios á lo que eramos ántes, no solo por una renovacion exterior, en que salimos, como Pedro, de la casa de nuestras caidas; en que restituimos, como Zaquéo, quadruplicadamente los bienes mal adquiridos, ó en que rompemos, como Magdalena, la ánfora de nuestros antiguos perfumes, sino tambien por una renovacion interior, en que el hombre se convierte, como Pablo, de lobo en oveja, de perseguidor en predicador, de demonio en Ángel. Esta renovacion asombrosa no se verificaba en el Templo de Jerusalén, donde no habia mas que una renovacion legal, por la qual se restituian á los concursos religiosos los que estaban separados de ellos, á causa de ciertas impurezas voluntarias ó involuntarias, como tocar difuntos, tener lepra, ó padecer inmundicias. ¿ Pero qué comparacion puede haber entre estas renovaciones carnales con las renovaciones espirituales, que se obran aquí, sea por esta cátedra del Espíritu Santo, desde donde Dios habla al oi-

do, sea por aquel divino Altar desde donde nos habla al corazón?

11. Esta cátedra misma, donde yo os estoy anunciando las verdades eternas, y contra la qual no prevalecerán las puertas del infierno, es el primer medio de vuestra renovacion interior; porque, segun dice San Pablo, ¿cómo los fieles pueden creer si no oyen, y cómo pueden oír si no se les predica? Así ésta es aquella montaña, donde Dios mandó á un Profeta evangelizar á Sión. Desde aquí con la trompeta del Evangelio derriba el Ministro de Dios, como Josué, las murallas de la impía Jericó. Desde aquí, como el sembrador siembra la simiente de la Divina palabra, que aunque se pierde en muchas almas, porque la pisan con desprecio ántes de nacer, ó se seca luego que nace por su inconstancia, ó aunque crezca alguna cosa la ahogan, por fin, los cuidados y solitudes del siglo, fructifica en otras por treinta, por sesenta, y aún por ciento. Y si no, ¿dónde se renovaron un Antonio Abad, un Francisco de Asís, un Ignacio de Loyola? ¿No fué en el Templo quando la palabra del Señor, como una espada de dos filos, atravesó su corazón? Ellos entraron enfermos, y salieron sanos; entraron tibios, y salieron fervorosos; en-

traron pecadores, y salieron santos. Lo mismo digo de aquel Sagrado Altar, donde el Inefable Sacrificio, que se ofrece, enciende aquella Zarza misteriosa de Moysés, que sin consumirse, ella misma consume en nosotros todo lo malo, nuestros pecados, nuestros vicios, nuestras malas inclinaciones, y aún nuestras tentaciones; y enciende todo lo bueno, el amor de Dios y del próximo, el desprecio del mundo, el deseo de la eternidad, la paz de los vivos, y el descanso de los difuntos. De allí salimos como la Salamandra, ó como el Amianto mucho mas hermosos que ántes, porque, segun se explica un Profeta, allí se renueva, como el Águila, nuestra primera juventud: *renovabitur ut aquilæ juventus tua.*

12. ¡ Oh, si yo pudiera, mis hermanos, inspiraros el agradecimiento que una alma cristiana debe á estos inmensos beneficios! Aprended siquiera de los judíos, que con no ver en su Templo mas que la carne y la sangre de los animales, lo miraban como el objeto mas digno de su religion y de su gloria. ¡Qué amables son vuestros tabernáculos, ó Dios de las virtudes, decian! mi alma desfallece al pisar los átrios del Señor. ¿Quándo llegaré, quándo apareceré en la presencia de mi Dios? Co-

mo el ciervo herido anhela la corriente de las aguas, así mi alma apetece tu presencia. Yo he procurado, Señor, el decoro de vuestra casa, y la hermosura de vuestra santa habitacion, no me perdais, mi Dios, con los impíos, sino perdonadme para que os bendiga en vuestra Iglesia. ¿Son éstos, hermanos míos, vuestros sentimientos en un Templo, en un Altar, y en un Sacrificio incomparablemente mas augusto?

13. Mirémoslo siquiera como el lugar de nuestra proteccion: como Dios estableció en la ley antigua ciudades de refugio para poner los pecadores á cubierto de la justicia de la tierra, así estableció en la nueva estos sagrados asilos para ponernos á todos á cubierto de la justicia del cielo. Por eso destinó en ellos ciertos protectores, ciertos amigos suyos, que se interpusiesen como Moysés entre él y su pueblo, ciertos Ángeles que detengan su brazo Omnipotente, quando está levantado como el de Abrahán. En el Apocalipsis de San Juan se habla muchas veces del Ángel de la Iglesia de Éfeso, del Ángel de la Iglesia de Smirna, del Ángel de la Iglesia de Pérgamo: estos Ángeles son los Prelados que la gobernaban en su vida, y la protegían despues de su muerte.

14. ¿Y á qué santo pensais vosotros habrá



encomendado la proteccion y el amparo de nuestra Iglesia? ¡Ó, incomparable Taumaturgo, tú eres el Ángel tutelar, el Rafaél destinado de Dios para llevar nuestras oraciones y alcanzar nuestras gracias: tú serás siempre el consuelo en nuestras aflicciones, la guia en nuestros peligros, el remedio en nuestras enfermedades, el refugio en nuestra vida, y el amparo en nuestra muerte. Un Santo que vi- viendo todo fué prodigios, ¿no ha de continuar su caridad perficionada ya despues de muerto? ¡Ah! ¿No es un verdadero prodigio igual á el de mudar los montes haber quitado de en medio los obstáculos insuperables que se presentaban, levantar este famoso edificio en unos tiempos tan calamitosos como los nuestros, y con tan pocos medios como habia entre vosotros? Sí, no lo dudeis, él es el que ha movido el corazon de tantas almas piadosas á que contribuyan á él. Dichosas ellas fieles imitadoras de Gregorio en el esmero con que han procurado edificar esta casa al Señor, si llegan á ser tambien las compañeras de sus recompensas.

15. No olvideis, hermanos míos, tantos bienes como Dios os proporciona en su nuevo santuario, bienes de purificacion, bienes de renovacion, bienes de proteccion. Si alguna epi-

démia os asaltáre, si algun enemigo os acometi-  
 tiere, si alguna otra afliccion os perturbáre,  
 ocurrid al Templo, y clamad á Dios por la in-  
 tercesion de San Gregorio. Pero si alguna en-  
 fermedad os postráre en la cama, ó si algun  
 otro impedimento os detuviere, no importa, ve-  
 nid como Simeon en espíritu al Templo: *venit in  
 spiritu in Templum*: haced celebrar el sacrificio  
 de nuestra redencion, y ofreced por las manos  
 de este gran siervo de Dios vuestra enfermedad  
 ó vuestra salud, vuestra pobreza ó vuestra ri-  
 queza, vuestra desgracia ó vuestra prosperidad,  
 vuestra vida ó vuestra muerte: si lo haceis así  
 yo os lo prometo de parte del Señor, sus ojos  
 estarán fixos, y sus oidos atentos sobre todos  
 los que oráren de esta suerte: *oculi mei erunt  
 aperti, et aures meæ erectæ ad orationem ejus,  
 qui oraverit in loco isto.*

SEGUNDA PARTE.

16. Hasta ahora, señores, hemos considera-  
 do nuestra Iglesia como el lugar donde Dios re-  
 parte con nosotros sus infinitas misericordias:  
 pero segun las palabras que os propuse, lo ha  
 santificado igualmente para perpetuar la ma-  
 gestad de su nombre: *elegi enim et sanctificavi  
 locum istum, ut sit ibi nomen meum usque in sem-  
 piternum.* Por consiguiente, no basta estar per-

suadidos de la frecuencia con que debeis venir, es preciso estarlo del mismo modo de la reverencia con que debeis estar. Y á la verdad de dos extremos se debe elegir el ménos malo; y ménos malo es no venir jamás al Templo, que estar de un modo indigno de él. La prueba es muy clara, y es que entre tantos pecados como inundaban al mundo en los dias de nuestro Salvador, habria precisamente el de un total abandono de su santa Casa: todos los sufrió el Señor con aquel rostro de mansedumbre, que le representaba tal como era, manso y humilde de corazon; pero no pudo sufrir del mismo modo los desacatos que se hacian á su Templo; ántes reasume su antiguo nombre de Dios de las venganzas: *Deus ultionum Dominus, Deus ultionum*: toma un látigo en sus sacratísimas manos, y arroja de allí á los iniquos. No dexó de dar esta misma instruccion á Salomón. Si quebrantáreis mis preceptos, le dixo, y llegáreis á adorar dioses falsos, yo os apartaré de mi presencia con esta casa que he santificado, y la haré un exemplar formidable para todos los pueblos. En efecto, así ha sucedido; si los caminantes que ven sus ruinas preguntan por qué Dios desamparó así su Templo, es preciso responderles, porque no quiso sufrir mas los desa-

catos que se le hacian en él : *projiciam eam à facie mea, et tradam in parabolam et in exemplum cunctis gentibus.* Para evitar esta desgracia en nuestra Iglesia, debemos contemplar hoy quién la santifica , cómo la santifica , para qué la santifica : *sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum usque in sempiternum.*

17. Quién la santifica. ¿Quién puede santificar alguna cosa sino el que es la misma santidad ? Los hombres no pueden santificar cosa alguna siendo por su naturaleza pecadores: yo fuí concebido en la iniquidad, y mi madre me concibió en pecado, decia el Profeta Rey. Así, por santos que lleguen á ser, como su santidad no es propia, no pueden santificar á los demás, del mismo modo que la luna no teniendo sino la claridad que recibe del sol, por lucida que sea no hace lucidos otros astros. Convenia esto, dice San Pablo, para que ninguna carne se gloriase, sino que el que se gloria, solo se gloríe en el Señor. Aún el mismo Apóstol, que habia subido á un grado tan alto de perfeccion, decia, yo no puedo gloriarme sino en mis flaquezas: *non gloriabor, nisi in infirmitatibus meis.*

18. Dios solo, siendo por sí el que és, puede comunicar á sus criaturas las efusiones de su sér. Por eso decimos cotidianamente al Sal-

vador en el himno angélico: tú solo eres el Santo, tú solo eres el Señor, tú solo eres el Altísimo, ó adorable Jesucristo. Tambien San Pablo hablando de la santidad, que el Señor comunica á la Iglesia, decia: ninguno puede poner otro fundamento mas que el que está ya puesto, que es Cristo Jesus: esta es la piedra angular, sobre la qual estan edificadas las demas piedras, aunque sean fundamentales como los Apóstoles y los Profetas: *superædificati super fundamentum Apostolorum et Prophetarum ipso summo angulari lapide Christo Jesu*. Por consiguiente cada vez que entrais en este Tabernáculo material fabricado por mano de hombres, mirad que entrais en otro Tabernáculo espiritual fabricado por mano mas que de Ángeles, porque su autor ó su fabricante es el mismo Cristo, que ha unido las piedras con su misma sangre. Ahora comprehendereis el sentido de aquella vision de San Juan, en que vió baxar del cielo la ciudad santa: la nueva Jerusalén dirigida por el mismo Dios. No soy yo, es la Iglesia misma quien se aplica esta vision en el dia de su Dedicacion: así nuestros Templos no dependen en su invencion de criatura alguna, sino del mismo Criador: tampoco dependen del hombre en su execucion, porque son dispues-

tos por el mismo Dios : *vidi civitatem Jerusalem novam descendentem de celo à Deo.*

19. Y si es Dios el autor de esta Casa, ¿qué santidad no exíge de nosotros su origen divino? ¿y qué sacrilegio será convertirla en cueva de ladrones? Se convierte en cueva de ladrones, siempre que con miradas, con palabras ó con acciones se enciende un fuego, un amor ageno del santuario : *domus mea domus orationis vocabitur, vos autem fecistis illam speluncam latronum.* Se convierte en cueva de ladrones, siempre que se quita al Señor el tiempo que le pertenece, malgastando en distraccion aquellos momentos preciosos que se deben emplear en oracion. *domus mea domus orationis vocabitur : vos autem fecistis illam speluncam latronum.* Se convierte en cueva de ladrones, siempre que se toma un puesto que no corresponde á su santidad, como quando los hombres se ponen junto á la puerta, para ver la que entra y la que sale, ó las mugeres se sientan en los bancos, para ver al que sale y al que entra : *domus mea domus orationis vocabitur : vos autem fecistis illam speluncam latronum.*

20. Además del respeto debido al Templo del Señor por el principio que lo santifica, se lo debemos igual por el medio con que lo santifica.

No hablo aquí de las bendiciones, de las asper-  
siones, de las incensaciones, de las oraciones, de  
las ceremonias y de los cánticos, que se han em-  
pleado en esta solemnidad; todo es significativo,  
todo es grande, todo respira santidad. Los mis-  
mos protestantes, tan enemigos como son del  
culto exterior, han confesado muchas veces que  
nada hay tan majestuoso como este conjunto de  
prácticas, que observan en sus templos los ca-  
tólicos romanos. ¿Quién no se humilla, quién  
no se compunge, quién no se edifica al ver la  
autoridad con que se arroja de aquí á los demo-  
nios, la confianza con que se implora la asis-  
tencia de los santos ángeles, y el fervor con que  
se pide á Dios que entre á reynar en su nueva  
habitacion? Yo no tengo tiempo de hablar de  
todas estas cosas visibles, aunque venian tan  
al caso.

21. Hablaré solo de las invisibles, de los  
misterios augustos, que realmente se celebran  
aquí. Porque ¿qué es la Misa, señores? ¡Ah!  
no la confundais ni con las purificaciones de los  
mahometanos, ni con los sacrificios de los ju-  
díos. La Misa es una renovacion de la vida, y  
de la muerte de nuestro Salvador. Aquí encar-  
na el mismo Verbo Eterno entre las manos del  
Sacerdote, tan verdaderamente como encarnó

en las Entrañas de la Sacratísima Virgen María: se le reclina en el Altar, como se le reclinó en el Pesebre de Belén; vive en la Hostia tan oculto como en Nazareth; se manifiesta alguna vez al público, como el Señor se manifestó en los tres últimos años de su Divina mision: obra entre nosotros los mismos prodigios. ¿No ilumina los ciegos, no sana los leprosos, no fortalece los paralíticos, no libra los energúmenos, no cura toda suerte de enfermos? ¿No espera las Samaritanas, no convierte las Magdalenas, no resucita los Lázaros, no sácia los hambrientos? Por otra parte él padece los mismos ultrages que en su vida mortal. ¡Quántos Fariséos le acusan, quántos Judas le venden, quántos Discípulos le abandonan, quántos Pedros le niegan, quántos Pilatos le sentencian, quántos verdugos le burlan, le azotan, y le crucifican otra vez: *rursùm crucifigentes Filium Dei!* No es esto solo, tambien resucita por su gracia en las almas justas, sube al cielo con ellas por los buenos sentimientos que les inspira, se coloca y las coloca á la diestra de su Padre por la contemplacion. En fin no hay accion con que nos haya redimido, que no repita en nuestro favor. ¡Qué redencion tan copiosa, hermanos míos: *copiosa apud eum redemptio!*



22. En vano es el Señor tan liberal, si por nuestra mala disposicion perdemos todos estos bienes. Dios no instituyó estos soberanos Misterios para sus enemigos, sino para sus amigos: así la mejor disposicion que podemos traer, es la gracia de Dios: esta es aquella túnica nupcial sin la qual no es permitido entrar en la sala del festin, sino para irritar mas á el Padre de familias. Sin embargo conviene añadir siempre la reverencia exterior, así porque excita en nosotros los buenos pensamientos, como tambien porque los excita en los demas. El alma y el cuerpo deben estar acordes, como estuvieron el cielo y la tierra para celebrar la muerte del Señor, quando el sol se obscureció, la tierra tembló.

23. Pero volvamos á la Dedicacion de este respetable Templo, para observar el fin con que Dios lo santifica, y es perpetuar por todos los siglos la grandeza de su nombre segun expresó á Salomón: *ut sit ibi nomen meum usque in sempiternum*. Es verdad que para eso no era absolutamente necesario destinar algun determinado lugar, todo el universo debia ser un Templo. Por eso un Abél ofreció sus sacrificios en medio de su rebaño, y con todo fueron muy aceptos á el Señor. Noë ofreció su sacrificio

sobre los montes de Arménia, donde habia descansado el Arca, y Dios le prometió allí mismo no volver á enviar otro diluvio sobre la tierra. Abrahán ofreció su sacrificio sobre aquella montaña donde un Ángel le detuvo el brazo para que no hiriese á Isaac, y el Señor le renovó las promesas que le habia hecho de suscitar en su posteridad aquel, en quien serian benditas todas las naciones de la tierra. Sin embargo segun la doctrina de nuestro Redentor, vale mas la oracion de muchos unidos, que la de los mismos separados: en donde estuvieren dos ó tres congregados en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos: *ubi fuerint duo vel tres congregati in nomine meo, ibi ero in medio eorum.*

24. ¡Ah! Nombre augusto de mi Dios, nombre santo, pero á el mismo tiempo terrible: terrible para los que se juntan á ultrajarlo; santo para los que se juntan á alabarlo: *sanctum et terribile nomen ejus.* Conociendo esta diferencia, yo no me admiro de que el mismo Tabernáculo que fué tan fatál á Nadab y Abiud abrasados en él por las llamas del cielo, fuese tan glorioso para Moysés y Aaron, que vieron muchas veces la gloria del Señor. Este lugar no puede ser indiferente: ó ha de ser para nosotros la puerta del cielo, ó la puerta del infierno; por-

que ó nos unimos con los Ángeles que concurren para dar á el Cordero de Dios la gloria, el imperio, y la alabanza de que es digno; ó con los demonios, que solo creen su presencia para temblar y estremecerse. Ved aquí la causa por qué en nuestros dias parece que el Señor hace todo lo contrario de lo que prometió á Salomón, esto es, que en vez de fixar sus ojos sobre los que entran en el Santuario, parece que los aparta; y en lugar de tener sus oidos atentos sobre nuestras oraciones, parece que nuestras oraciones le fastidian y le dan en rostro.

25. Decidme, hermanos míos, ¿qué fruto sacamos de nuestras continuas rogativas? Si pedimos á Dios que consuma la miseria, la miseria nos consume hasta dexar toda la nacion como un verdadero esqueleto: si le pedimos que detenga la peste, la peste vuelve con mas rigor á devorar los pueblos: si le pedimos que termine la guerra, la guerra se hace interminable. Por qué es esto, sino porque en vez de concurrir de un modo que glorifique al Santo nombre del Señor, concurrimos de un modo que mas bien lo ultraja. Si nos fuera posible descubrir el corazon de los que oran, ¿pensais acaso que veriamos muchos Davides diciendo en tiempo de epidemia: yo soy, Señor, el que he pecado, yo el

que he obrado injustamente: pero estos pobres que perecen, ¿qué han hecho? ¿Venga todo vuestro furor contra mí? ¿Veríamos acaso muchos Danieles diciendo en medio de la aflicción: grandes son, Señor, los pecados y las impiedades, con que nos hemos apartado de vuestros preceptos: pero mitíguese vuestra ira, no por nuestras obras, que no merecen mas que confusión, sino por el honor de vuestro Santuario, en dónde se invoca vuestro nombre? ¿Veríamos acaso muchos Macabéos, que puesto su rostro contra el suelo en tiempo de guerra piden al Señor, que en caso de volver á pecar les castigue de otro modo que no sea entregando á los enemigos y á los blasfemos su ciudad y su Templo? Al contrario, observaríamos al traficante, al artesano, y al jornalero maquinando aquí mismo los medios de aprovecharse de estas calamidades públicas para aumentar su jornal, sus ganancias, y sus fraudes, formando de estos perversos sentimientos una horrenda nube, que ni dexa subir el humo de nuestros inciensos, ni poner el Señor sus divinos ojos sobre nuestra miseria.

26. Ay, señores, no provoquemos así la indignación de Dios, teniendo entre nosotros un medio tan admirable de aplacarla. En todas

nuestras necesidades ocurramos á este privilegiado lugar escogido por el Señor para justificarnos , para renovarnos , y para protejernos: pero sea de un modo que corresponda á la santidad de su principio, de sus medios, y de sus fines: *elegi enim et sanctificavi locum istum , ut sit ibi nomen meum usque in sempiternum.* Freqüentad el Templo, hermanos míos , pero á el mismo tiempo respetadlo , que vuestra freqüencia no disminuya vuestra reverencia , ni vuestra reverencia impida vuestra freqüencia. No permita Dios que suceda con éste lo que sucedió con el de Jerusalén, del qual hemos hecho en este dia una memoria tan freqüente, que poco ántes de ser destruido , se oían las voces de los Ángeles , que se decían unos á otros: salgamos de aquí, salgamos de aquí. Pero si fuéremos tan desgraciados , que los mismos ojos que lo ven hoy dedicado , lo vean arruinado , no preguntemos por qué: es porque no queriendo el Señor sufrir mas desacatos , manda á sus Ángeles que salgan de aquí. Ó soberano Dios de las virtudes, de las potestades, de las dominaciones, de toda criatura, Vos llenais el Empíreo de vuestra gloria, el mundo de vuestra providencia , el Templo de vuestra misericordia; derramad todos estos dones sobre este pueblo , que lo ha erigido: